

que da la sancion de la ley á sus desórdenes, ó los hombres frívolos que protestan contra la devocion hipócrita de un príncipe adúltero por medio de la licencia de su lenguaje y de su conducta?

Después de esto, hacen mal los escritores de la reaccion en buscar las causas de la Revolucion en los excesos de la filosofía. Condenése la inmoralidad, donde quiera que se la encuentre, aunque sea en los libres pensadores; nosotros lo aplaudiremos de todo corazon. Pero no se cierren deliberadamente los ojos á la luz. ¿Quién ignora que la inmoralidad ha sido anterior á la filosofía? El regente no era un filósofo y Dubois era arzobispo y cardenal. La corrupcion data, pues, de la dominacion de la Iglesia y del poder real. Infectó á la filosofía, al ménos en el sentido de que los grandes escritores del siglo XVIII no tienen ese sentido exquisito de la pureza que tanto agrada en los hombres de genio. Falta saber quién es el verdadero culpable. Un filósofo ha predicho los excesos de la Revolucion en el siglo XVIII, ántes de que hubiese una literatura incrédula, en el año 1704. Escuchemos la voz grave de Leibnitz:

« Ciertas opiniones contrarias á la existencia de la Providencia y de la responsabilidad en la otra vida se van insinuando poco á poco en el espíritu de los hombres de mundo, que dirigen á los demas y de los cuales dependen los negocios; se infiltran en los libros á la moda, y lo disponen todo para la *revolucion general* de que está amenazada la Europa.... Si esta enfermedad sigue creciendo, la Providencia corregirá á los hombres por medio de la misma revolucion que se originará; porque, suceda lo que suceda, todo redundará en bien general, áun cuando esto no deba ni pueda suceder sin el castigo hasta de aquellos que han contribuido al bien con sus malas acciones » (1).

El optimismo de Leibnitz ensancha los horizontes del pasado y del porvenir, mucho más que la ciega reaccion del catolicismo contra la filosofía. La decrepitud de las antiguas creencias es la causa primera de la decadencia moral del siglo XVIII. ¿Por qué esta desmoralizacion se ha manifestado de preferencia en el reino

(1) LEIBNITZ, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. IV, capítulo XVI.

cristianisimo? Porque la Iglesia, por su inmovilidad, no deja paso al progreso. Por otra parte, hace consistir la religion en cosas exteriores; cuando esta fe desaparece, toda conviccion religiosa se arruina, y como la moralidad no tiene otro apoyo en las poblaciones católicas, la desmoralizacion acompaña á la ruina de las antiguas creencias. Pero en el mal mismo se encuentra el remedio. El siglo XVIII prepara una nueva era religiosa. Y la Revolucion tambien tiene una tendencia religiosa. Esta es la aurora del porvenir. Así lo harémos ver en el curso de nuestros estudios (1).

#### N.º 2. *Las dos escuelas.*

No tratamos de disculpar á los filósofos de toda responsabilidad en los errores de la Revolucion. Organos del libre pensamiento, han influido sobre los sucesos con el pensamiento. Esta influencia ¿ha sido completamente saludable, ó ha contribuido la filosofía á extraviar á la Francia de 1789 y 1793? Hemos dicho que hay en la Revolucion una doble tendencia. Hay una escuela que pide la libertad, y entiende como tal los derechos del hombre; pide tambien la soberanía del pueblo, pero es como garantía política y para asegurar mejor la libre actividad del individuo. Hay otra escuela que escribe tambien la libertad en su bandera; pero para ella la libertad consiste en ser soberano; la confunde fácilmente con la igualdad, y para conquistar la igualdad no retrocede ante el sacrificio de los derechos individuales á la nacion ó al Estado. Estas dos tendencias se encuentran tambien en la filosofía. La primera es la de Montesquieu, de Voltaire y de sus discípulos. La segunda procede principalmente de Rousseau y de Mably. Es positivo que la una es benéfica, al paso que la otra conduce casi fatalmente al despotismo. Es preciso, pues, decir que habia en la filosofía un gérmen funesto que, sin saberlo los libres pensadores, arrastró á la Revolucion al abismo en que se ha perdido.

Decimos que éste es el espíritu de la escuela de Rousseau, sin que tenga conciencia de ello. ¿Quién ha idolatrado la libertad co-

(1) Véase el tomo XIV de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

mo Rousseau? Pues, sin embargo, esa falsa libertad que se llama soberanía é igualdad ha sido el genio malo de la Revolución, y sigue siendo para la Francia como una de esas luces engañosas que atraen á los viajeros para perderlos. Esto quiere decir que la causa profunda del mal no está en un escritor. ¿Habían leído todos los franceses el *Contrato social*? ¿Les enseñaban este Evangelio en las escuelas? El gran escritor comunicó el atractivo de su estilo á unas ideas y á unos sentimientos que eran los de la raza francesa: ésta fué la causa de su poderosa influencia. Se ha engañado y ha ayudado á extraviar á los revolucionarios, pero los franceses se han engañado con él, y aún hoy millares de demócratas se siguen engañando como él, sin conocer más que su nombre, si es que lo conocen. Rousseau es culpable, pero tiene por excusa el genio de una nación, de la que en resúmen no es más que el órgano.

Esto es tan cierto, que la escuela filosófica que se deriva de Montesquieu y de Voltaire está también imbuida en las falsas ideas que extraviaron á Rousseau y á la Revolución. Muchas veces se han censurado á Voltaire las adulaciones que dirigió á los príncipes. La palabra no es exacta; si incensaba á los reyes, no era por adularlos, sino por convertirlos en instrumentos de sus ideas. Pero ¿por qué llamaba en su auxilio al poder real? Si hubiera tenido conciencia de la verdadera libertad, no hubiera buscado auxiliares en el trono, porque no son los reyes los que pueden hacer á los hombres libres; la raíz de nuestros derechos se encuentra en las profundidades de nuestra personalidad, allí debe buscarse su conocimiento, y nuestra energía individual es la que nos ha de conquistar la libertad que los asegura. ¿Qué tienen que ver estos esfuerzos con el poder real? En realidad, lo mismo en Voltaire que en los revolucionarios, luchaba el espíritu de libertad con el espíritu de igualdad ó de soberanía, y muchas veces la influencia de raza pudo más que la inspiración de la filosofía ó que la autoridad de una tradición extraña. No dirémos, con un ilustre escritor, que á Voltaire no le gustaba la libertad (1). Lo que prueba que le gustaba es que se entendía mejor con los reyes,

(1) TOCQUEVILLE, *El Antiguo Régimen*, p. 241.

sus amigos, de léjos que de cerca. Después de haber experimentado la libertad de que disfrutaban los libres pensadores en la corte de los príncipes filósofos, renunció para siempre al oficio de cortesano; se hizo rey en sus dominios, como uno de aquellos barones feudales que anidaban con las águilas, y vivió realmente libre en Ferney.

Pero de todos modos, en los escritos de Voltaire, al lado del amor á la libertad se encuentran aspiraciones muy diferentes. Había en el régimen feudal un gérmen de instituciones libres; Voltaire no lo vió. Lo que exclusivamente le llama la atención es la desigualdad que pesa sobre las clases inferiores: escribe estas palabras que cualquier demócrata pudiera hacer suyas: «Los bárbaros, que desde las orillas del Báltico inundaron el resto de Europa, trajeron consigo el uso de los Estados ó parlamentos, con los que tanto ruido se mete y que tan poco conocidos son. *Los reyes entonces no eran despóticos, esto es cierto; y precisamente por esta razón los pueblos gemían en una servidumbre miserable*» (1). De esto á aplaudir el despotismo real porque favorece la igualdad, hay poca distancia. Voltaire continúa: «El mayor número de los hombres era en Europa lo que todavía son en muchas partes del mundo, siervos de un señor, especie de animales que con la tierra se compran y se venden. Han sido necesarios siglos para hacer justicia á la humanidad, para conocer que era una cosa horrible que sembrasen los más para que recogiesen los ménos. *Y ¿no es una felicidad para los franceses que la autoridad de estos pequeños bandidos haya sido destruida en Francia por el poder legítimo de los reyes*, como lo ha sido en Inglaterra por el del rey y la nación?»

Voltaire escribió estas líneas en Inglaterra en una carta sobre los ingleses, que trata del Parlamento. No sospechaba que los ingleses debían su libertad al espíritu que animaba á los *pequeños bandidos*; no sospechaba que si la Francia llegó á ser una monarquía absoluta, fué porque los reyes llegaron á ahogar el espíritu de independencia de los barones feudales. El amor de la igualdad no le dejaba ver el reverso de la medalla. Tenía razón en detestar á la aristocracia opresiva de la Edad Media; pero ¿era preferible el

(1) VOLTAIRE, *Cartas sobre los ingleses*, IX (t. XXIV, p. 38).

despotismo real de Luis XV? En la ruda desigualdad del régimen feudal había, por lo ménos, un gérmen de libertad, que se desarrolló en Inglaterra, en donde dió esos preciosos frutos que el mismo Voltaire envidiaba, al paso que el régimen igualitario de la Francia condujo á la catástrofe del 89, admirable movimiento, pero que no fundó la libertad, porque la nación la buscaba donde no se halla, en la igualdad y en la soberanía.

Esta misma tendencia existía en una escuela de economistas, en más alto grado que en Voltaire. Quesnay y sus amigos no tenían afición á las asambleas deliberantes. Cosa extraña; preconizaban la libertad en el comercio y en la industria: *dejad hacer, dejad pasar*, tal era su máxima favorita; pero no la aplicaban á las relaciones políticas. Los economistas tenían una alta idea de los derechos del Estado, demasiado alta, puesto que le reconocían la omnipotencia con tal que estuviese conforme con su doctrina: «Es menester que el Estado obre según las reglas del orden esencial, dice uno de ellos, y cuando así es, es menester que sea omnipotente.» «Comprenda bien el Estado su deber, dice otro, y en ese caso déjesele libre.» Los economistas preferían un príncipe investido de la omnipotencia á un gobierno dividido en partidos, como sucedía en Inglaterra: «La situación de la Francia, dice Lefronne, es infinitamente mejor que la de Inglaterra, porque aquí se pueden llevar á cabo reformas que cambien todo el país en un momento, al paso que entre los ingleses semejantes reformas pueden ser siempre entorpecidas por los partidos.»

Esta doctrina conduce al despotismo, ó por mejor decir, es la encarnación del despotismo. El Estado hace de los hombres todo cuanto quiere, dice Bordeau. Hé aquí una máxima que conviene lo mismo á Luis XIV que á la Convención. En ese caso, ¿qué libertad queda á los individuos? Tendrán la igualdad, tal vez la soberanía, pero tales como se tenían en Roma en tiempos de los emperadores; tales como se tuvieron en Francia en tiempos de Napoleón. Esto se llama el despotismo democrático, y lo más lastimoso es que el pueblo forja por sí mismo las armas con que se le sujeta. El mal parece irremediable. Pero no hay mal absoluto; todo mal de que los hombres son artífices tiene su remedio. El remedio es amargo, porque es menester que los pueblos aprendan

á sus expensas, lo mismo que los individuos. Cuando hayan apurado los males que nacen de la falsa libertad, se preguntarán si no hay otra libertad. Apresurémonos á decir que encontrarán la idea de la verdadera libertad en la filosofía, la encontrarán en la Revolución, hasta encontrarán enseñanzas donde no habían hallado más que orígenes de error.

### N.º 3. — *La verdadera libertad.*

#### I.

Cuando se pregunta de dónde proviene el espíritu de libertad que distingue los tiempos modernos de la antigüedad republicana, se responde ordinariamente que de los germanos. Estamos lejos de negar el hecho, y no tenemos interés alguno en rebajar el inmenso servicio que la raza germánica ha prestado á la humanidad trayéndole el principio y la necesidad de la individualidad. ¿Pero debemos solamente á los germanos la libertad individual? ¿Cosa notable! La patria misma de los germanos no es el foco de la libertad civil y política; no goza de ella más que desde que la ha recibido del extranjero. En Inglaterra es donde se ha desarrollado más pronto que en ninguna otra parte. Ahora bien, Inglaterra no es exclusivamente germánica. No hay nación que presente más mezclas de razas que la nación inglesa. El elemento de raza no explica, pues, por sí solo ese poderoso movimiento que, procedente de Inglaterra, ha entrado en el continente en el 89, después de haber pasado por América, y que está destinado á regenerar el mundo.

Estamos convencidos de que las ideas determinan el destino del género humano. Es decir, que la filosofía desempeña un gran papel en la historia. Entendemos por filosofía la libre actividad del pensamiento, sean cualesquiera las formas en que se manifieste. Se alimenta de los mil elementos de que se compone la vida y que llamamos civilización. Su marcha es lenta, su trabajo puede estar latente durante siglos. Pero un día estalla y admira á los hombres con su poder. No conocemos reivindicación más